

Érase una viejecita

Érase una viejecita

sin nada que comer.

Sino carnes, frutas, dulces,

tartas, huevos, pan y pez.

Siempre tuvo chocolate,

leche, vino, te y café;

y la pobre no encontraba

qué comer ni qué beber.

Apetito nunca tuvo

acabando de comer,

ni gozó salud completa

cuando no se hallaba bien.

Se murió de mal de arrugas

más encorvada que un tres,

y jamás volvió a quejarse

ni de hambre ni de sed.